

Recursos y prácticas mágicas de la gente del mar

FERNANDO ALONSO ROMERO
Universidad de Santiago de Compostela

En los tiempos que vivimos navegar en un barco de vela se ha convertido en un deporte atractivo y emocionante que cada vez atrae a más gente y que está fomentando en Galicia la construcción de puertos deportivos en lugares en los que hasta hace aún muy pocos años sólo se veían pequeñas embarcaciones de vela o de remos que se solían varar en las playas. De manera que nunca mejor que en nuestros días recobra un nuevo sentido la conocida frase clásica «vivir no es necesario, es necesario navegar», pues sin duda la vela y el mar enseñan no sólo conocimientos náuticos, sino también disciplina y otras cualidades humanas que nos ayudan a soportar con aplomo los temporales de la vida y con paciencia las bonanzas. Sin embargo, no están muy lejos aún los tiempos en los que navegar a vela no era un deporte, sino un medio de vida difícil y casi siempre muy arriesgado. La navegación a vela por el Atlántico europeo contribuyó durante muchos siglos a relacionarnos con otros pueblos con los que nuestros antepasados compartieron creencias y tradiciones comunes, puesto que todos surcaban el mismo océano, se enfrentaban a los mismos peligros y tenían las mismas necesidades.

Recordar esas épocas nos ayuda a conservar nuestra memoria histórica y a reafirmar nuestra condición de europeos en un mismo horizonte marítimo en el que los pescadores no siempre dispusieron ni de buenos caladeros, ni de naves adecuadas. Es esa memoria la que nos permite también identificarnos con culturas comunes y con un territorio marítimo, en el que los grandes logros de la navegación por radar o por satélite del siglo XX fueron dejando poco a poco en el olvido los tiempos en los que las embarcaciones dependían de los vientos para navegar; y si estos eran contrarios o demasiado violentos, sólo quedaba la esperanza en el milagro, en el poder mágico de ciertos conjuros o en la mano salvadora de algún santo. Sin embargo, algunas de esas creencias ancestrales se mantuvieron vivas durante muchos siglos, probablemente debido a la pervivencia de la navegación a vela, porque se necesitaron

para surcar «el mar zarandeada por los vientos Notos y el abismo del Océano, poblado de monstruos», del que hablaban los romanos¹, hasta que, finalmente, en el siglo pasado se empezaron a utilizar otros medios de navegación más seguros.

Muchos ancianos pescadores y marineros del siglo XX, con los que hablé hace ya años, recordaban los tiempos de las embarcaciones tradicionales de vela en las que habían navegado, y las frecuentes situaciones de peligro con las que se enfrentaban cuando los vientos eran contrarios. Para salvarse del abismo recurrían a sus conocimientos ancestrales de navegación, compaginados con la confianza en el poder de la magia, de los talismanes, de los conjuros y de una familia de seres fantásticos: cristianos unos, paganos otros, que los ayudaron a sobrevivir en ese mundo marino casi siempre hostil. De manera que conociendo el mundo de la gente de la mar, se comprende también que se gestaran en torno al viento gran número de creencias, y que se practicaran diferentes ritos con la finalidad de obtener vientos favorables, o de aplacarlos cuando eran contrarios.

Uno de los testimonios más antiguos que conocemos sobre los medios que utilizaban los antiguos nautas del Atlántico para conseguir vientos propicios o calmar las tempestades se encuentra en la obra irlandesa conocida con el nombre de *Libro de las Invasiones* (*Leabhar Ghabhála*). Se compuso en el siglo XII, aunque su versión original es muy anterior. Fue escrita en gaélico por varios autores y en distintas épocas y dirigida por el obispo de Kildare, Finn Mac Goreman, en el monasterio de Terriglass bajo la protección y ayuda de Dermot Mac Murrough, rey de Leinster². En ella se describen las diversas invasiones que sufrió Irlanda a partir del Diluvio Universal hasta la llegada de la tribu de los Miliesios con la séptima invasión, que se dice que procedía del noroeste de España, de la ciudad de Brigantia en la que gobernaba el caudillo Breogán. Los Miliesios habían emprendido la invasión de Irlanda con el fin de vengar la muerte de Ith, hijo de Breogán, al que la tribu de los Tuatha De Danann había asesinado para evitar que se adueñara de la isla.

En el *Libro de las Invasiones* se relata que Amergin, considerado el primer poeta de Irlanda, era hijo de Golamh, el nieto de Breogán que posteriormente adquirió el nombre de Mil Espáine, y que vivió en Egipto durante ocho años. En ese país nació Amergin, y en él, según dicho Libro, «estudió leyes y justo proceder». Después de esos años pasados en Egipto Golamh, el padre de Amergin, regresó a Brigantia.

Cuando las naves de los Miliesios llegaron a Irlanda, los druidas de los Tuatha De Danann lanzaron contra ellas vientos mágicos «de tal manera que la grava del fondo del mar se elevó hasta la superficie, en una tormenta enorme»; pero entonces

¹ AVIENO, *Ora marítima*, MANGAS, J. - PLÁCIDO, D. (eds.), Madrid, Ediciones Historia, 1994, p. 100.

² SAINERO, R., «La influencia hispana en la primitiva literatura irlandesa», en *Les Celtes et la Péninsule Ibérique*, Brest, Université de Bretagne Occidentale, 1999, p. 314.

Amergin, erguido en la proa de su nave, pronunció un encantamiento con el cual consiguió que el mar se calmara y se disipara la niebla:

*«Invoco a la tierra de Irlanda.
El ampliamente navegado fértil mar,
fértiles sean sus ríos y montañas,
fértiles sean sus húmedos bosques,
húmedos sean sus ríos y cascadas...»³.*

Y dice el *Libro de las Invasiones* que *«inmediatamente una tranquila calma se extendió sobre el mar»*.

Pero no fueron los celtas irlandeses los únicos que creían en el poder mágico de determinados hechizos para controlar las fuerzas de la naturaleza. Empédocles, filósofo griego del siglo V a. C., en su obra *Purificaciones* le enseña a su discípulo Pausanias no sólo todos los remedios que él conoce para curar y para la vejez, sino también la manera de dominar los vientos, o cómo provocar la lluvia e incluso el poder para sacar del Hades a los muertos:

*«Calmarás el ímpetu de los incansables vientos que azotan la tierra
y destruyen con sus ráfagas y rachas los cultivos;
pero, si quieres, levantarás también vientos favorables.
Y tras la tormenta provocarás la sequía que conviene a los hombres,
y tras el agostamiento estival lanzarás aguaceros que fortalecerán los bosques
y surcarán los espacios.
Y al muerto que está en el Hades le devolverás la vida»*. (Fragmento 111)

Parece estar muy claro tanto en las palabras de Empédocles, como en el conjuro de Amergin, el comportamiento propio de un mago que con sus conocimientos de la naturaleza es capaz de dominar los elementos simplemente con sus hechizos. También Heródoto (s. V a. C.) cuenta que los atenienses en sus enfrentamientos con los persas invocaron al viento o dios Bóreas para que levantara una tempestad contra las naves enemigas⁴. Sin embargo, los enemigos recurrieron también a sus propios magos, y *«realizaron encantamientos del viento acompañados de aullidos que lograron que se calmasen»*⁵. El escritor danés Saxo Gramático en su obra *«Historia danesa»* compuesta a principios del siglo XIII, relata que los fineses y los biarmos, pueblos

³ SAINERO, R., *El Libro de las Invasiones*, Madrid, Akal, 1988, p. 20.

⁴ HERÓDOTO, *Los nueve libros de la historia*, Trad. de POU, P. B., en *Historiadores griegos*, Madrid, E.D.A.F., 1965, Libro VII, p. 189.

⁵ Ídem, Libro VII, p. 191.

que habitaban en las orillas del Mar Báltico, tenían fama de ser hechiceros capaces de provocar tormentas «*cambiando las armas por la astucia, y desatando las nubes con encantamientos y turbando el plácido aspecto del firmamento con el triste riego de la lluvia*»⁶. Los biarmos eran incluso capaces de crear tempestades «*invocando al cielo con sus cánticos*»⁷. También los antiguos daneses solían llevar a bordo magos «*capaces de hacer zozobrar los barcos enemigos tras provocar tempestades con sus poemas*» y de «*dirigir las olas encrespadas por maleficios para provocarles naufragios*»⁸. En la saga *El rey Olaf, el Santo* se dice que los magos finlandeses podían provocar con sus hechizos tempestades y tormentas en el mar⁹. Los antiguos magos escandinavos eran reacios a revelar las letras de sus canciones. Cuando querían conseguir la protección de los espíritus de los antepasados solían cantar canciones mágicas llamadas «galdrs», parecidas a los cánticos que realizaban los chamanes finlandeses. Se conservan muy pocos ejemplos de este tipo de canciones debido a que la gente solía mantenerlas en secreto para que conservaran todo su poder. Snorre Sturlason en su obra *Hattatál*, del siglo XIII, comenta que en ellas se utilizaba la aliteración para aumentar su poder mágico. El recitador del «galdr» debía subirse a una piedra porque se creía que bajo ella residían los espíritus cuya ayuda invocaba¹⁰. Es interesante señalar que tanto el vocablo anglosajón «galdor», que significa conjuro, como la palabra «charm» (hechizo) derivan respectivamente de palabras que significan cantar; lo cual sugiere que el cante o la recitación rítmica de versos era el procedimiento original para efectuar los conjuros¹¹.

Esa creencia en el poder mágico que se atribuía a los magos se conservaba incluso en la España del siglo XV, pues Gutierre Díaz de Games en su obra *El Victorial* relata que en cierta ocasión en la que unas galeras castellanas pasaban por delante de las costas de Málaga, se vieron envueltas repentinamente en una densa niebla muy oscura «*e algunos marineros que avian visto tal ya otras vezes dixeron que los moros eran fechiçeros de aquellas tales cosas, e que ellos lo farían a fin si pudiesen fazer perder las galeras*». Para librarse de tal peligro los marineros rezaron algunas oraciones a Dios, hicieron la señal de la cruz y la niebla se disipó¹².

⁶ SAXO GRAMÁTICO, *Historia danesa*, Trad. de IBÁÑEZ LLUCH, S., Valencia, Ediciones Tilde, 1999, Libro I, 75.

⁷ Ídem, Libro, IX, 203.

⁸ Ídem, Libro V, 12.

⁹ BONSER, W., *The Medical Background of Anglo-Saxon England*, London, The Wellcome Historical Medical Library, 1963, p. 150.

¹⁰ SIKALA, Anna-Leena, «Singing of Incantations in Nordic Tradition», en AHLBÄCK, T. (ed.), *Old Norse and Finnish Religions and Culture*, Åbo (Finlandia), The Donner Institute for Research in Religion and Cultural History, 1990, pp. 199 y ss.

¹¹ BONSER, *op. cit.*, p. 146.

¹² DÍAZ DE GAMES, Gutierre, *El Victorial*, Edición de BELTRÁN LLAVADOR, R., Universidad de Salamanca, 1997, Capítulo 37, p. 95.

El poder que antiguamente se atribuía a los chamanes, druidas, magos y encantadores para controlar las fuerzas de la naturaleza se conservó hasta muy recientemente en la figura del clérigo conjurador de granizadas y tempestades, el cual con rogativas a la Virgen, a los santos o a la Santísima Trinidad, y apoyado por la fe popular, organizaba procesiones y romerías, generalmente hasta lo alto del teso más cercano en el que solía haber una ermita. Y una vez en la cima, *«el sacerdote vestido de sobrepelliz, y Estola, con Cruz en la mano, con agua bendita, y un Acolito que le responda, con contrición de sus pecados, con viva fe, cierta esperanza, y perfecta confianza en la misericordia de Dios, con fortaleza, buelto á do viene la tempestad, santiguandose asi, y al ayre con la Santa Cruz, diga en alta voz...»*. Y a continuación pronunciaba una larga letanía en latín con la que se pretendía alejar las nubes que amenazaban con destruir las cosechas¹³. En la revista británica *Folklore*, del año 1929, se relata que los campesinos gallegos creían que los sacerdotes poseían determinados secretos y poderes mágicos para controlar los elementos. Les bastaba con pronunciar determinadas oraciones para cambiar el estado del tiempo atmosférico. Tan arraigada estaba esta creencia que se suponía incluso que *«algunos sacerdotes poseían más poderes que otros para controlar las tempestades»*¹⁴.

Sin relación directa con los poderes de los magos o de los druidas para dominar las fuerzas de la naturaleza, pero muy probablemente derivadas de la misma creencia ancestral en el poder mágico de determinados conjuros, están también las canciones impetratorias que los nautas y los pescadores solían cantar para intentar controlar los elementos o favorecer la pesca. Muchos marineros gallegos todavía recordaban a mediados del siglo XX las canciones que solían cantar, a veces en grupo, otras en solitario, para conseguir vientos favorables: veamos, por ejemplo, las siguientes:

*«Vente, ventiño do mare,
vente, ventiño mareiro:
vente, ventiño do Norte,
seral-o meu compañeiro.
Vente, ventiño de fóra,
vente, ventiño do mare:
lévame para miña praia
que arrabeo por chegare»*¹⁵.

¹³ CÉSPEDES, Fray Diego de, *Libro de Conivros*, 1641, *Libro de Conjuros*, Edición facsímil, Oviedo, Librería Galgo, 2001, p. 4.

¹⁴ HOWES, H. W., «Gallegan Folklore», en *Folklore*, vol. 40, 4 (1929), p. 387.

¹⁵ LANDÍN CARRASCO, A., «Cantares marineros gallegos», en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, tomo X (1955), pp. 296-297.

El testimonio más antiguo que conocemos de esta vieja tradición marinera se conserva en el *Cancionero de Amberes* (fol. 193r), del año 1548 y se conoce con el nombre de *Romance del Conde Arnaldos*, aunque su origen es muy anterior a esta versión conservada del siglo XVI. Dice así:

*«¡Quién hubiese tal ventura sobre las aguas del mar
como hubo el Conde Arnaldos la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano la caza iba a cazar;
vió llegar una galera que a tierra quiere llegar:
las velas traía de seda, la ejarcia de un cendal;
marinero que la manda diciendo viene un cantar
que la mar facía en calma, los vientos hace amainar,
los peces que andan nel hondo arriba los hace andar,
las aves que andan volando, nel mástil las faz posar.
Allí habló el Conde Arnaldos, bien oiréis lo que dirá:
-Por Dios te ruego, marinero, dígame ora ese cantar.
Respondióle el marinero, tal respuesta le fué a dar:
-Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va»¹⁶.*

Aunque este romance es una versión truncada, está considerado como una de las mejores obras del romancero español. Ramón Menéndez Pidal descubrió que los judíos sefarditas que habían sido expulsados de España en el año 1492, habían conservado en el norte de Marruecos la segunda parte de dicho romance; en ella se cuenta que el Conde, al que se llama infante Arnaldos, se embarca en esa nave misteriosa y descubre que en ella van sus familiares y sirvientes que le andaban buscando por el mar desde hacía siete años. En otra versión fragmentaria divulgada en los cancioneros y pliegos sueltos del siglo XVI se dice que la galera tiene «*la ejarcia de oro torzal, ancoras tiene de plata y tablas de fino coral*»¹⁷. Con los testimonios de los sefarditas Menéndez Pidal recompuso la versión completa del romance, en el que aparece esa nave maravillosa que se acerca a la costa envuelta en el halo musical de la canción que canta el marinero y que se omite en la versión más conocida del romance:

¹⁶ MENÉNDEZ PIDAL, R., *El Romancero. Teorías e investigaciones*, Madrid, Editorial Páez, 1927, p. 18.

¹⁷ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Flor Nueva de Romances Viejos que recoge la tradición antigua y moderna*, Madrid, Ediciones «La Lectura», 1928, p. 244.

«-Galera, la mi galera, Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo, de fortunas de la mar,
de los golfos de León y estrecho de Gibraltar,
de las fustas de los moros que andaban a saltar»¹⁸.

Ya fuera ésta u otra la canción que canta el marinero, lo interesante es ver que suscita una irresistible atracción tanto en las aves como en los peces. Sobre todo, en el conde Arnaldos, que no puede contener su asombro y pide, deseoso de saber más, que se le enseñe toda la canción. Pero el marinero, consciente evidentemente de que quien tal cosa pide no es de su gremio, se niega a ello. Pero, ¿qué es lo que realmente condiciona esa negativa? Antes de responder a esta incógnita debo mencionar, que Navarro González¹⁹ opina que este romance se redactó probablemente en tierras castellanas, o levantinas, puesto que no se habla de una nao atlántica, sino de una galera, y que a él se le añadieron versiones posteriores con referencias al Mediterráneo. Sin embargo, también en el Atlántico había galeras desde, por lo menos, el siglo XII, fecha en la que el arzobispo Gelmírez disponía de una flota de dos grandes galeras mediterráneas con las que durante varios años defendió las costas de Galicia de los ataques de los piratas nórdicos y musulmanes. Incluso en las Islas Británicas se conocían las galeras²⁰, lo cual no nos permite descartar la posibilidad de que este romance sea obra de un autor de la costa del norte de España, con independencia de los añadidos que posteriormente se le hicieron en sus diferentes versiones. Además, el empleo del género femenino en el vocablo «mar» es general entre la gente marinera, mientras que los hablantes de tierra adentro utilizan el masculino; igualmente, en el romancero y en las canciones anónimas también se utiliza el género femenino. El empleo de la palabra «la mar» es casi general en el romancero judeoespañol debido al enorme interés que pusieron los judíos en conservar su cultura. En la versión antigua del romance del infante Arnaldos conservada en un pliego suelto de la primera mitad del siglo XVI, se menciona en todo el romance la palabra «la mar». Después en el *Cancionero de Amberes*, que recoge la versión más conocida del romance, se utilizan los dos géneros indistintamente para referirse al mar («*Quién hubiese tal ventura sobre las aguas del mar ... que la mar facia en calma*»), en las versiones posteriores se utilizó ya el masculino en todo el romance²¹. Algunos autores se lo atribuyen al gallego Juan Rodríguez del Padrón porque dicho romance se encuentra entre sus poesías conservadas en el *Can-*

¹⁸ MENÉNDEZ PIDAL, *El Romancero...*, p. 24.

¹⁹ NAVARRO GONZÁLEZ, A., *El Mar en la literatura medieval castellana*, Universidad de La Laguna, 1962, p. 406.

²⁰ MCGRAIL, S., *Boats of the World*, Oxford University Press, 2001, p. 243.

²¹ BARRIUSO FERNÁNDEZ, E., *La lengua marinera de Asturias*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1987, pp. 52 y 58.

*cionero del Museo Británico*²². El origen del empleo del vocablo «la mar» entre la población marinera se debe posiblemente a la consideración del mar como una dimensión engendradora igual que la tierra que nos da sus frutos; de ahí la creencia de los pescadores asturianos que piensan que *la mar es hembra porque siempre está criando*²³. Creo también en el origen norteño del romance del Conde Arnaldos por el hecho de que en el Romancero asturiano existan diálogos que, aunque en contextos diferentes al del *Romance del Conde Arnaldos*, la fórmula de petición que utiliza el caballero se asemeje mucho a la del Conde Arnaldos. Por ejemplo, en el romance «El penitente» se describe el encuentro de un caballero con un ermitaño que vive en lo alto de una montaña. Juan Menéndez Pidal dice que es un romance histórico inspirado en la leyenda sobre el castigo que tuvo que sufrir el rey goda don Rodrigo a causa de su vida deshonesta:

«[...] *Allí llegó un caballero,
desta manera decía:
-Por Dios le pido, ermitaño,
por Dios y Santa María,
que me diga la verdad
y me niegue la mentira...*»²⁴.

También en el Romancero asturiano encontramos dos versiones del romance religioso «La Pasión» en las que aparecen no solamente la descripción de la nave maravillosa dotada de ricos aparejos, sino incluso la mención de un tripulante que va cantando:

«*Navegando va la Virgen,
navegando por la mar;
los remos que trae son d'oro,
la barquilla de cristal:
el remador que remaba,
va diciendo este cantar:
-Siete días hay que remo
sin hallar puerto de mar,
y ahora lo tengo hallado
y me voy á reposar*» (etc.)²⁵.

²² LIDA DE MALKIEL, M. R., «Juan Rodríguez del Padrón: su vida y obras», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 4 (1952), p. 320.

²³ BARRIUSO, *op. cit.*, p. 60.

²⁴ MENÉNDEZ PIDAL, J., *Romancero asturiano*, Madrid - Gijón, Editorial Gredos - GH Editores, 1986, p. 83.

²⁵ Ídem, p. 265.

Juan Menéndez Pidal se limita a decir que son romances religiosos cuya «*galanura de las primeras estrofas es admirable*»²⁶. Pero sorprendentemente es también en la otra versión de este romance asturiano en donde la Virgen, acompañada de San Juan y de la Magdalena, van en una nave buscando a Jesucristo. Recordemos que los familiares del Conde Arnaldos embarcados en una galera recorren los mares buscándolo durante siete años:

*«Navegando va la Virgen,
navegando por la mar;
los remos que trae son de oro,
la barquilla de cristal:
el remador que remaba,
va diciendo este cantar:
-Por aquella cuesta arriba
por aquel camino real,
por el rastro de sangre
á Cristo hemos de encontrar»* (etc.)²⁷.

Con esos paralelos asturianos no podemos descartar la posibilidad de que el autor que concibió la versión primera del conocido romance del Conde Arnaldos, la redactara basándose en conocimientos populares de la tradición cristiana propios de una comunidad marítima. Aunque también es posible que utilizara una descripción más culta de ese tipo de naves mágicas, como señala Martínez Mata, que compara la nave del romance del Conde Arnaldos con las características de las naves del más allá que se encuentran en otras obras anteriores al romance en las que se describen naves maravillosas con velas de plata, jarcias de oro o velas de oro y seda que proceden del mundo de los muertos o del Paraíso. Los ejemplos de estas naves aparecen en «Guigermar», uno de los lai de Marie de France, en las narraciones de tema artúrico, en las «Barcas» de Gil Vicente e incluso en Petrarca se describe así una nave:

*«Indi per alto mar vidi una nave
con le sarte di seta, e d'or la vela
tutta d'avorio e d'ebeno contesta»*²⁸.

²⁶ Ídem, p. 335.

²⁷ Ídem, p. 264.

²⁸ MARTÍNEZ MATA, E., «El romance del Conde Arnaldos y el más allá», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Universidad de Salamanca, 1994, Tomo II, «Cancionero», 323, p. 608.

Con estos antecedentes es evidente que el autor del romance del Conde Arnaldos dispuso de varios modelos para inspirarse, por lo que sobre este tema solamente podemos formular hipótesis. Sin embargo, es posible profundizar más en el análisis del comportamiento que adopta el marinero cuando el Conde Arnaldos le pide que le diga la canción. La clave para entender su respuesta negativa se encuentra, según Menéndez Pidal²⁹, interpretando su argumento como «*un sencillo romance de aventuras*» transformado en «*un romance de fantástico misterio*» debido precisamente a su final trunco para conseguir «*una verdadera creación poética*». Pero esta opinión en realidad no nos explica los motivos por los cuales el marinero viene cantando una canción, que no sólo atrae la atención con su hechizante melodía sino que, y aquí está precisamente la razón de esa negativa a contársela al conde Arnaldos, hace amainar los vientos y calmar la furia del mar; porque es un cántico que posee evidentemente un poder mágico. Todo parece indicar que se trata de una tradición que fue la fuente de inspiración del autor del romance, y también de un romance posterior como el del Conde Olinos. En realidad esa canción es una invocación con poder sobrenatural para aplacar la violencia del mar y calmar los vientos. Su origen lo desconocemos, pero se trata de una práctica marinera que fue utilizada en los romances, intercalándola en contextos amorosos porque se adecuaba muy bien con el comportamiento del juglar, del trovador enamorado que hechiza con su canto a la dama de sus sueños. Es probable que los autores de estos romances se dejaran influir también por la tradición clásica del canto de las sirenas, con el que enamoraban a sus víctimas; aunque sus melodías no calmaban los elementos. Sin duda, el autor del romance del Conde Arnaldos debía de estar muy familiarizado con el mundo marinero pues difícilmente podría conocerlo siendo de tierra adentro. También Orfeo podía con su música atraer a las aves, y en la Antigua Grecia los sacerdotes realizaban invocaciones mágicas a los seres divinos: Sus palabras se transmitían en secreto y de forma oral únicamente a los acólitos y seguidores³⁰. En diversos poemas órficos de distintas épocas, algunos del siglo IV a. C., se inserta un primer verso en el que se niega a los no iniciados oír lo que se va a decir: «*Cantaré para conocedores; cerrad las puertas, profanos*». Es una advertencia que impedía a los no iniciados asistir a determinados ritos porque no podían entenderlos; los «profanos» eran, por consiguiente, los «ignorantes», los que no conocían los conocimientos que se impartían³¹.

Y ¿qué decir de los poemas de Amergin y del bardo galés Tailiesin, del siglo VI d. C.?, ¿acaso no son también cánticos exorcizantes contra los enemigos, o conjuros mágicos con los que logran someter a las fuerzas de la naturaleza?

²⁹ MENÉNDEZ PIDAL, *Flor Nueva de Romances...*, p. 30.

³⁰ DODDS, *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Revista de Occidente, 1960, p. 292.

³¹ BERNABÉ, A., *Textos órficos y filosofía presocrática. Materiales para una comparación*, Madrid, Editorial Trotta, 2004, pp. 29 y 69.

La finalidad de la canción que escucha el conde Arnaldos no es suscitar el agrado del que la pueda oír, sino paralizar con su hechizo los vientos y las olas del mar; lo cual la convierte en algo tan poderoso como la fuerza de las plegarias que también se rezaban a bordo de cualquier embarcación cuando el estado de la mar amenazaba con hundir la nave. Lo que canta el marinero de ese romance no es una canción, sino un encantamiento, como los que todavía en el siglo XVIII seguían realizando los pescadores gallegos y portugueses para atraer a los peces³². Lo mismo hacían los pescadores bretones y los de Devon (Inglaterra) cuando pronunciaban determinados conjuros para atraer la pesca y también para que en las redes no cayeran pescados no deseados. A finales del siglo XIX los pescadores ingleses cuando querían pescar ostras realizaban un cántico monótono y primitivo que, según ellos, hechizaba a las ostras y se dejaban arrastrar por la draga:

*«The herring loves the merry moonlight,
The mackerel loves the wind;
But the oyster loves the dredger's song,
For he comes of a gentle kind»³³.*

También los pescadores de la costa norte de Bretaña solían recitar determinados versos para que los crustáceos se animaran a entrar en las nasas:

*«Homard, viens dans mes casiers
Qui sont au proche des rochers,
Manger les morceaux qu'y sont:
Tu te régaleras au fond...»³⁴.*

En Bretaña realizaban incluso invocaciones al mar y a los vientos para tener buena suerte en sus navegaciones; y al mismo tiempo dirigían también plegarias a Dios y a determinados santos. En Saint-Cast se le cantaba la siguiente canción al mar para que se calmara y favoreciera la pesca:

*«Mer, cesse tes tribulations,
Amène-nous du poisson
Pour nourrir les garçons»³⁵.*

³² ALONSO ROMERO, F., *Creencias y tradiciones de los pescadores gallegos, británicos y bretones*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1996, pp. 100-101.

³³ SÉBILLOT, P., *Le folklore des pêcheurs*, Paris, Maisonneuve & Larose, 1968, p. 245.

³⁴ Ídem, p. 244.

³⁵ ANSON, P. F., *Fisher Folk-Lore*, London, The Faith Press, 1965, pp. 132 y 135.

Se llegaba incluso a cantar canciones con evidente intención mágica para que las aves marinas no entorpecieran las faenas de pesca:

*«Oiseaux, restez chez vous à dormi,
Car si vous venez ici,
Vous aller avoir un coup d'fusil»³⁶.*

El poder mágico que los pescadores del norte de Europa atribuían a determinados conjuros también lo compartían los pescadores gallegos y los portugueses. En el norte de Portugal los utilizaban para propiciar la pesca del pulpo. Con la marea iniciaban la pesca musitando en voz baja el siguiente conjuro con el que creían que se atraía a los pulpos: «*¡Sacaramole (?) / Póe-te-ao sol!*» Conjuro que se parece mucho al que los niños españoles y portugueses todavía suelen cantar a los caracoles: «*¡Caracol, caracol, / Póe os corninhos ao sol!*»³⁷.

Tanto en Bretaña como en Inglaterra los pescadores pronunciaban también determinados conjuros al tiempo que largaban las redes³⁸. En la localidad inglesa de Brighton, en Sussex, los más conocidos eran los que se decían durante la temporada de pesca de la caballa para que los copos de las redes se subieran a bordo repletos de pescados³⁹. Los pescadores portugueses que faenaban en las Azores mencionaban determinadas palabras para pescar «moreas», o «murenas»⁴⁰. Utilizaban una técnica pesquera que también se conocía en el Mediterráneo en el siglo XVII. El Padre Atanasio Kircher relata en su obra *Musurgia Universalis sive Ars Magna Consoni et Disoni*, publicada en Roma en 1650, que los pescadores del estrecho de Mesina salían a pescar muy temprano: «*se sale muy temprano, el marinero más perito y robusto se coloca en la proa del barco con un arpón en la mano, mientras tanto otro marinero, con palabras especiales invita al oculto pez a que salga fuera, y lo raro es que, no bien comienza a invocarlo cuando ya aparece el pez espada en la superficie del agua y el marinero de proa le clava con el arpón*»⁴¹. Pero en Galicia y en Asturias para que los peces entraran en las redes se silbaba de un modo especial, pues se decía que ese tipo de silbido los atraía. El Padre Sarmiento recogió en su relato *Viaje a Galicia*, que efectuó en el año 1745, un antiguo método de pesca que se practicaba a mediados del siglo XVIII. Dice el Padre Sarmiento que había un pez al que en La Coruña llamaban

³⁶ Ídem, p. 132.

³⁷ ROCHA PEIXOTO, *Etnografía Portuguesa*, Lisboa, Publicações Dom Quixote, 1990, p. 11.

³⁸ ALONSO ROMERO, *op. cit.*, p. 100.

³⁹ ANSON, *Fisher Folk-Lore*, p. 134.

⁴⁰ PENSADO, J. L., «Sobre un viejo modo de pescar mariotas», en *La Voz de Galicia*, 16 de diciembre de 1986.

⁴¹ *Ibidem*.

«barbada» y en Muros «mariola», «*menor que faneca y casi como sardina, pero más delicado, que se pescaba silbándole*». Pero desconocemos de qué tipo de silbido se trataba. El Padre Sarmiento lo denomina «silvo griego», pero no da más información sobre él, añadiendo únicamente que también los pescadores de Vivero utilizaban ese método para pescar⁴².

También el pescador asturiano silbaba constantemente para atraer las «barbadas», imitando, decían, a la «llondra» (nutria), «*cuyo silbido atrae a aquellos pescados de que se alimenta con preferencia, y de los cuales hace presa*»⁴³.

Sin embargo, los silbidos nunca se utilizaban con fines mágicos a bordo de las embarcaciones de vela cuando el tiempo amenazaba tormenta. Los pescadores británicos decían que el silbido era «la música del diablo» y sólo se permitía silbar en las grandes encalmadas para que el viento así engendrado hinchara las velas. Lo mismo hacían los pescadores asturianos cuando necesitaban viento para navegar⁴⁴. Pero jamás silbaban sin necesidad, porque con el silbido «se llamaba al viento»⁴⁵.

En la isla de Guernsey incluso se consideraba peligroso silbar dentro de casa cuando algún familiar estaba embarcado pues se pensaba que esta acción desencadenaría un temporal⁴⁶. Creencia semejante a la que tenían los pescadores de Cornualles que jamás silbaban por la noche aunque estuvieran en sus casas⁴⁷.

En Galicia se procuraba también especialmente no silbar por la noche pues se decía: «*o que a noite asubía, polo demo fia*» (confía)⁴⁸. También se temía mucho que las mujeres silbaran, por eso el pescador seguía al pie de la letra el refrán que dice: «*muller que asubía e galiña que canta com`o capón, na miña casa non, ou para min non*»⁴⁹.

Una de las creencias más curiosas que se conservaron en el norte de Europa hasta el siglo XIX, estaba relacionada precisamente con la facultad que se atribuía a determinadas personas para controlar los vientos. En el siglo XVI aún existía en Islandia y en Dinamarca, la creencia de que las brujas podían vender vientos; creencia que se recoge en los siguientes versos publicados en 1592:

⁴² *Ibidem*.

⁴³ VIGÓN, B., *Asturias. Folklore del mar. Juegos infantiles. Poesía popular y otros estudios asturianos*, Oviedo, Biblioteca Popular Asturiana, 1980, p. 22.

⁴⁴ VIGÓN, *Asturias. Folklore del mar...*, p. 16.

⁴⁵ GONZÁLEZ ÁLVAREZ, J. A. - GONZÁLEZ ONDINA, S., *Cudillero. Un tiempo, una memoria. Los pescadores*, Gijón, Editorial Pico Urriellu, 2004, pp. 15, 137 y 280.

⁴⁶ DE GARIS, M., *Folklore of Guernsey*, The Guernsey Press, 1986, p. 37.

⁴⁷ HUNT, R., *The Drolls, Traditions and Superstitions of Old Cornwall*, Lampeter, Felinfach, 1993 (1ª ed. en 1881), p. 431.

⁴⁸ ESMORÍS RECAMÁN, F., «Refranero fisterrán», en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, fasc. XLII (1959), p. 119.

⁴⁹ *Ídem*, p. 116.

«For as in Iceland and in Denmark both, («Pues tanto en Islandia como en Dinamarca,
Witches for gold will sell a man a wind (las brujas por dinero venden a uno el viento,
Which, in the corner of a napkin wrapt, (que en el pliegue de un pañuelo ensartan,
Shall blow him safe unto what coast he will». (y a la orilla ansiada lleva con tiento»)⁵⁰.

La gente de mar decía que los vientos se podían conservar en un pañuelo anudado: Cuando se deseaba un viento favorable, se deshacía un nudo, o varios, hasta lograr la fuerza del viento que se necesitase. Los pescadores conocían a determinadas brujas que tenían el poder de anudar vientos, y solían acudir a ellas para comprarles pañuelos con nudos, o «comprar vientos», como decían ellos, y llevarlos consigo cuando navegaban⁵¹. Esta costumbre de comprar vientos a las brujas era una tradición que venía de muy atrás, como podemos deducir de la noticia que nos ofrece el geógrafo Pomponio Mela en el siglo I sobre la existencia de nueve sacerdotisas llamadas *Gallizena*, que vivían en la isla del Sena (Ile de Sein) en la costa occidental de la Bretaña. Dice que tenían la facultad de predecir el tiempo y de poder engendrar tempestades. Y que los nautas acudían a ellas para consultarles el futuro⁵².

Los finlandeses solían vender a los navegantes una cuerda con tres nudos mágicos en los que se suponía que iba el viento⁵³. Esta creencia se conservó en las Islas Británicas hasta finales de la navegación tradicional a vela, sobre todo en las islas Shetland, en las Hébridas y en la isla de Man. En Escocia estaba tan arraigada entre las familias de la gen/te de mar que incluso dio lugar a curiosos tabúes, como el que prohibía a las chicas que tenían familiares en el mar que se peinaran o desenmarañaran el pelo por las noches para evitar que se produjeran tempestades y lluvias⁵⁴. Las jóvenes bretonas tampoco debían desenredar sus cabellos al irse a acostar, por temor a que se levantaran vientos contrarios si deshacían algún nudo del cabello⁵⁵.

En Cataluña la creencia de que peinarse provoca la lluvia fue general antiguamente, tanto es así que los marinos rehusaban embarcar mujeres por temor a que provocaran tempestades al peinarse. Cuando se veían forzados a embarcar a alguna,

⁵⁰ NASH, T., *Summer's Last Will and Testament*, London, 1592. Cit. en LEAN, V. S., *Lean's Collectanea*, Bristol, J. W. Arrowsmith, 1902, II, 1, p. 456.

⁵¹ FRAZER, J. G., *The Magic Art*, en *The Golden Bough*, London, MacMillan, 1966, I, p. 326.

⁵² POMPONIO MELA, *Corografía*, Trad. de Guzmán Arias, Universidad de Murcia, 1989, II, VI, p. 8.

⁵³ MAGNUS, Olaus, *Historia de Gentibus Septentrionalibus*, 1555, III, p. 16.

⁵⁴ CAMPBELL, J. G., *Superstitions of the Highlands and Islands of Scotland*, Glasgow, James MacLehose and Sons, 1900, p. 237.

⁵⁵ SÉBILLOT, P., *La Mer*, Paris, Éditions Imago, 1983 (1ª ed. en 1904), p. 28.

registraban minuciosamente su equipaje para cerciorarse de que no llevaban peine alguno, y si durante la travesía se desencadenaba algún temporal, se tenía por cierto que la pasajera se había peinado a escondidas. También se creía en Cataluña que el fenómeno de llover y brillar el sol a la vez era debido a que las brujas se estaban peinando en ese momento⁵⁶.

En el siglo XVIII en las islas Hébridas, con el fin de propiciar la pesca y de obtener una abundante recogida de algas para abonar los campos, se le rezaba y se le ofrecían ofrendas de cerveza y de alimentos a una divinidad marina llamada Shony⁵⁷. Los pescadores de la isla de Iona le rezaban a ese dios del mar la siguiente oración:

*«¡Oh, Dios del mar!,
pon algas en el cobertizo
para que el suelo abonado
dé abundantes beneficios»⁵⁸.*

A finales del XIX en la isla de Man todavía se rezaba a Manannan, el dios del mar de la mitología céltica. La siguiente oración fue recogida de labios de una anciana centenaria a principios de ese siglo, la cual se la había oído recitar a su abuelo:

*«Joven Manannan, hijo de Leirr,
que bendices nuestra isla,
bendícenos a nosotros y a nuestro barco,
para zarpar seguros
y regresar satisfechos y vivos con los peces
en el barco»⁵⁹.*

La fe que se ponía en los conjuros mágicos para favorecer la pesca era tan fuerte como la que se ponía en las canciones cristianas. Hasta mediados del siglo XX en casi todas las poblaciones pesqueras los marineros se sabían de memoria varias canciones religiosas que solían cantar en el día de la bendición anual del mar, en la botadura de sus embarcaciones y en otras ocasiones. Por ejemplo, los pescadores franceses de Port-en-Bessin solían cantarle a la Virgen la siguiente invocación:

⁵⁶ AMADES, J., «Prácticas mágicas para provocar la lluvia», en *Actas do 1º Congresso de Etnografia e Folklore*, Braga, 1963, vol. I, p. 309.

⁵⁷ MARTIN, M., *A Description of the Western Islands of Scotland*, Edinburgh, Facsimile edition, The Mercat Press, 1970 (1716), p. 28.

⁵⁸ FENTON, A., «Seaweed Manure in Scotland», en *In Memoriam Antonio Jorge Dias*, Lisboa, Instituto de Alta Cultura, 1974, p. 172.

⁵⁹ EVANS-WENTZ, W. Y., *The Fairy Faith in Celtic Countries*, New York, Lemma Publishing Corporation, 1973 (1ª ed. en 1911), p. 118.

*«Vierge Sainte, aimable Marie,
Doux réconfort des matelots,
Daignez conserver notre vie
Lorsque nous sommes sur les flots»⁶⁰.*

Y en Fécamp se solía cantar a la Virgen la siguiente cantiga de Terra Nova:

*«Astre béni du marin,
Conduis ma barque au rivage:
Garde-moi de tout naufrage,
Blanche étoile du matin»⁶¹.*

La confianza en el poder milagroso de esas plegarias era tan grande que los pescadores del sur de Inglaterra siguieron cantando antiguas oraciones católicas incluso después de la Reforma protestante, sustituyendo el nombre de la Virgen por el de Dios⁶². En el momento de iniciar las faenas de pesca y también al finalizar éstas los pescadores gallegos rezaban ciertas oraciones a la Virgen o a los santos; las más frecuentes eran la Salve a la Virgen, el Credo y el Padre Nuestro. Los pescadores de la Moureira, en Pontevedra, realizaban también una antigua práctica propiciatoria para invocar la protección de San Cibrán. Iban hasta su capilla en la parroquia de Tomeza (Pontevedra) y después de comer echaban sobre el tejado las sobras del pan, a semejanza de lo que se solía hacer el día de la fiesta de ese santo, el lunes de Pascua, cuando, con fines también propiciatorios, se tiraban piedras al tejado de la capilla⁶³. Era un rito relacionado con el que efectuaban los pescadores gallegos y del norte de Portugal, cuando le daban la vuelta a una teja de determinadas capillas costeras para obtener vientos favorables⁶⁴. Se creía que con ese ritual se cambiaba el viento. Posiblemente era la pervivencia de un antiguo culto propiciatorio a los dioses manes, dioses de ultratumba, a los que se invocaba con la acción de darle la vuelta a una piedra para que enviara vientos⁶⁵. Ya Estrabón al referirse al cabo de Sagres, en Portugal, cita una referencia de Artemidoro (siglo I a. C.) en la que habla de un antiguo rito que consistía en darle la vuelta a las piedras para invocar a los dioses de

⁶⁰ ANSON, *Fisher Folk-Lore*, p. 74.

⁶¹ *Ibidem*.

⁶² *Ídem*, pp. 117-118.

⁶³ FUENTES ALENDE, X., «Manifestaciones religiosas dos mariñeiros: os exvotos», en *Galicie mare nostrum: a importancia do mar en Galicia*, Santiago de Compostela, Asociación Galega de Historiadores, 2001, p. 108.

⁶⁴ ALONSO ROMERO, *op. cit.*

⁶⁵ *Ídem*.

ultratumba⁶⁶. Pero el origen remoto de esta práctica posiblemente sea muy anterior a los romanos porque los pescadores de la isla de Caher, en la costa de Mayo (Irlanda), también creían que se producían grandes vientos con la simple acción de darle la vuelta a una determinada piedra que se conservaba en la iglesia parroquial⁶⁷.

Es evidente que las duras condiciones de vida y de trabajo que soportaban los navegantes y los pescadores contribuyeron a la conservación de toda esa serie de conjuros, oraciones, canciones, ritos y tradiciones que se transmitieron de generación en generación hasta prácticamente el final de la navegación a vela. También hasta entonces, la marinería estaba obligada a conocer el lenguaje técnico, y frecuentemente críptico, que se utilizaba a bordo de las embarcaciones para la realización de diferentes tareas. Pero, además, los marineros tenían su propia jerga que utilizaban entre ellos para hablar de experiencias comunes pues el empleo de ese lenguaje les ayudaba a reforzar su sentimiento de camaradería y también su condición social de la que estaban orgullosos⁶⁸. Esos sentimientos se reforzaban igualmente con el conocimiento de las salomas o canciones marineras, en las que predominaban determinados ritmos que tenían la finalidad de ayudar a acompañar la remada o a marcar las pautas necesarias para la realización de tareas específicas a bordo. Había en ellas también una especie de poder mágico que generaba la energía necesaria para efectuar esas actividades que sólo los marineros sabían hacer.

Todavía hoy en día los pescadores asturianos se constituyen en *pandillas* o *cuadrillas de pesca* que son grupos cerrados de gente de mar que intercambian entre ellos información confidencial o secreta sobre tácticas de pesca, bancos de pesca, características de las embarcaciones y otros temas relacionados con su oficio; motivos por los cuales el pescador nunca da información verdadera o válida a cualquier persona por temor a que ésta pueda aprovecharse de los conocimientos del gremio. La información sólo se facilita a las personas de su grupo o *pandilla* que tienen una misma orientación e intereses comunes. A esos conocimientos del gremio los denominan «secretos». Son secretos que permiten «a los individuos y grupos manipular su entorno, negando a los extraños la información requerida»⁶⁹. También el pescador gallego tiene sus «secretos». El «secreto» consiste básicamente en ocultar o retener información sobre la localización de los puntos de pesca que son productivos con el fin de evitar que otros pescadores de tripulaciones diferentes se aprovechen de sus

⁶⁶ ESTRABÓN, III, I, 4. GARCÍA Y BELLIDO, A., *España y los españoles hace dos mil años*, Madrid, Austral, 1968, p. 54.

⁶⁷ LOGAN, P., *The Holy Wells of Ireland*, Gerrads Cross, Colin Smythe, 1980, p. 111.

⁶⁸ WEIBUST, K., *Deep Sea Sailors. A Study in Maritime Ethnology*, Stockholm, Kungl. Boktryckeriet P. A. Norstedt & Söner, 1969, pp. 243-244.

⁶⁹ OLIVER SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, J., *Ecología y estrategias sociales de los pescadores de Cudillero*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1992, pp. 109 y 116-117.

conocimientos. Para algunos pescadores gallegos el mantenimiento del «secreto» llega a adquirir la condición de sagrado por la repercusión económica que tendría en el mantenimiento de su familia la difusión entre extraños de su sabiduría pesquera⁷⁰. Tampoco a los pescadores británicos y a los bretones les gusta que se les pregunte dónde piensan ir a pescar; se supone que este tipo de preguntas curiosas da mala suerte, especialmente si quien la hace es una mujer⁷¹.

A la vista de todos estos testimonios creo que ahora resulta más fácil comprender las razones por las que el marinero del romance del conde Arnaldos se negó a revelar su canción; porque el conde ni era de su condición, ni tampoco conocía los vientos ni dependía de ellos para vivir en tierra firme. No ocurría lo mismo con los que navegaban en galeras en los tiempos de ese romance, el siglo XVI, que fue también cuando Fray Antonio de Guevara redactó el siguiente testimonio aclaratorio:

«¿Por ventura, no es viento tu vida, pues en la galera tu principal oficio es hablar del viento, mirar el viento, desear el viento, esperar el viento, huir del viento o navegar con el viento? ¿Por ventura, no es viento tu vida, en que si es contrario no puedes navegar, si es largo y rezio has de amainar, si es escasso has de remar, si es de travessía has de huir, si es de tierra no le has de creer, de manera que no será levantar falso testimonio decir a uno «andad para viento» pues vivís con el viento?»⁷².

Y para terminar, yo me pregunto: ¿hubiera acaso entendido esta sentencia el conde Arnaldos sin ser navegante?

⁷⁰ GARCÍA ALLUT, A., «Antropología da pesca en Galicia», en FERNÁNDEZ CASANOVA, C. (coord.) *Historia da pesca en Galicia*, Universidade de Santiago de Compostela, 1998, pp. 232-234.

⁷¹ ANSON, P. F., *Mariners of Brittany*, London, J. M. Dent and Sons Ltd., 1974, p. 44.

⁷² GUEVARA, Fray Antonio de, *Arte de Marear*, University of Exeter, Exeter Hispanic Texts, 1972, p. 20. Edición crítica del texto del siglo XVI.